

Los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica: una experiencia internacional de política cultural

Andrés Fábregas Puig

Introducción

El estado de Chiapas ocupa un lugar singular en las relaciones de México con los países de América Central. La propia incorporación del territorio chiapaneco a la Federación Mexicana es un hecho histórico sin parangón en el país. Chiapas pasó a formar parte de los Estados Unidos Mexicanos por virtud de un referéndum celebrado en el siglo XIX, en cuya votación se decidió por mayoría dicha incorporación. Las fronteras mexicanas hacia el sur se delimitaron en gran medida por este suceso; no obstante, Chiapas siguió conservando sus rasgos culturales más apegados a Centroamérica que al resto de México. Aún en la actualidad, con los cambios que la sociedad chiapaneca ha experimentado en los últimos 30 años, sigue existiendo una impronta cultural que la acerca a las sociedades centroamericanas, pues desde su origen una y otra son parte de ese conjunto variado que conocemos con el nombre de mayas, cuyas afinidades lingüísticas y culturales son notorias a ambos lados de la frontera internacional.

El territorio que en la antigüedad ocupaban los grupos etnolingüísticos mayas alcanzó una extensión de 340 000 kilómetros cuadrados, que iban desde los actuales estados mexicanos de Chiapas, Tabasco, Campeche, Quintana Roo y Yucatán hasta el golfo de Nicoya en la actual Costa Rica. Durante el régimen colonial, que se extendió desde el siglo XVI hasta el XIX, se configuraron las fronteras de los actuales Estados nacionales de la región, desde el mexicano hasta los centroamericanos. Las luchas de Independencia sellaron esas fronteras y, en el caso de México, el escrutinio chiapaneco, cuyos resultados se dieron a conocer el 14 de septiembre de 1824, delimitó las fronteras con la República de Guatemala. Los vínculos históricos entre Chiapas y Centroamérica son tan estrechos que los propios procesos independentistas en el Istmo Centroamericano están relacionados con el pronunciamiento del Ayuntamiento de Comitán, que declaró terminados los días coloniales del Imperio español. Así que lenguas, culturas e historia han enlazado a México con Centroamérica desde tiempos anteriores a la formación de los Estados nacionales.

La experiencia de los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica

En el lapso de 1990 a 1993 se dieron las condiciones para que en Chiapas surgiera el planteamiento de acercar a los creadores de la entidad, incluyendo a los científicos sociales, con los de Centroamérica. El Gobierno del Estado de Chiapas había iniciado la reestructuración del Instituto Chiapaneco de Cultura (IHC) con base en el principio de que este organismo no sólo debería abocarse a la difusión, sino también a la investigación y a la promoción académica. Dentro de los nuevos marcos que surgieron en el IHC en aquellos años, está la fundación

del Departamento de Investigación del Patrimonio Cultural, brazo ejecutor de los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica, en estrecha coordinación con otro de los departamentos creados en el marco de la reestructuración aludida: el Departamento de Culturas Étnicas. La experiencia que marcó el antecedente de estos encuentros fue una primera reunión celebrada en 1990 en San Cristóbal de las Casas entre escritores, historiadores y antropólogos de Guatemala y de Chiapas. Esa reunión “redescubrió” un hecho evidente, pero que ha permanecido sin la atención que merece por parte de los gobiernos del área: la posibilidad de integrar un área cultural más allá de las fronteras políticas entre el Estado nacional mexicano y los Estados nacionales de Centroamérica. La reunión de San Cristóbal dejó un legado importante de planteamientos que tenían que ver con los enlaces históricos, culturales y sociales entre los pueblos centroamericanos y el sur de México.

El Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Guatemala se inscribió dentro de la voluntad de crear un ámbito de permanente diálogo con la intelectualidad centroamericana. Durante cuatro días, del 5 al 9 de junio de 1990, intelectuales de Chiapas y de Guatemala debatieron ampliamente sobre temas tan variados como la relación entre literatura y cultura, la situación de los pueblos indígenas, la investigación acerca de la frontera México-Guatemala, la arquitectura y el patrimonio cultural, y cuestiones de historia en general. Conforme transcurrieron los días, a lo largo de la discusión de dichos temas se hacía evidente el potencial de estos países para establecer una gran región cultural de raíces comunes. La literatura en lengua castellana y las raíces comunes de los idiomas mayas fueron otros puntos de apoyo para delinear la viabilidad de integrar un mundo cultural cuyo potencial aparecía sólido y anclado en los mundos culturales que forman el mosaico del sur de México y de los países de América Central.

Los reunidos en San Cristóbal aquel año de 1990 llegaron a la conclusión de que había que celebrar un encuentro lo más amplio posible entre los intelectuales de Chiapas y los de Centroamérica. Se incluyó en esa denominación no sólo a los escritores y artistas, sino también a los científicos sociales, con el propósito de establecer un diálogo amplio e incluyente. Se enfatizó en integrar la presencia indígena como parte de este universo, concebido como un foro para la difusión de las ideas y el intercambio de reflexiones y conocimientos. La parte chiapaneca se comprometió a publicar oportunamente las memorias no sólo del encuentro con Guatemala, sino de las sucesivas. Este compromiso se cumplió, con excepción del Tercer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica, celebrado en la ciudad de Tapachula en 1993, cuyos materiales se quedaron sin publicar.¹

Un antecedente de estos encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica lo constituye el Seminario Permanente de Estudios de México y Guatemala, fundado en los años en que Miguel de la Madrid fue presidente de la República. La idea se gestó en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que en aquellos años estaba bajo la dirección del historiador Enrique Florescano. En Chiapas, el general Absa-

¹ Las memorias que tenemos a la mano y de las que hago uso aquí son: *Memoria del Encuentro de Intelectuales Chiapas-Guatemala*, Tuxtla Gutiérrez, ICHC/Gobierno del Estado de Chiapas, 1990; *Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica. Memorias*, Tuxtla Gutiérrez, ICHC/Gobierno del Estado de Chiapas, 1991; *Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica. Memorias*, Tuxtla Gutiérrez, ICHC/Gobierno del Estado de Chiapas, 1992; *Memorias. Instituto Chiapaneco de Cultura. 1989-1994*, Tuxtla Gutiérrez, ICHC/Gobierno del Estado de Chiapas, 1994; *El Sur desde el Sur. Memorias de un simposio*, México, Gobierno del Estado de Tabasco/Universidad Juárez Autónoma de Tabasco/Gobierno del Estado de Chiapas/Universidad Intercultural de Chiapas, 2008.

lón Castellanos Domínguez entraba a la segunda mitad de su periodo sexenal sin que se hubiese destacado por promover la cultura y su difusión. Como resultado del proyecto de investigación antropológica de la frontera sur, desarrollado en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y financiado por la Subsecretaría de Cultura de la Secretaría de Educación Pública (SEP), en 1985 se fundó en Tuxtla Gutiérrez el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Sureste (CIESAS-Sureste), que sirvió de “base local”, junto con el Centro Coordinador del INAH, para animar la fundación del Seminario. El mismo contó con el apoyo decidido de Miguel González Avelar, entonces secretario de Educación Pública. A mediados de 1986, se llevó a cabo en Tuxtla Gutiérrez y en San Cristóbal de las Casas, una reunión de la que surgió la creación del Seminario Permanente de Estudios México-Guatemala. Se trazaron tareas comunes de investigación y una serie de acuerdos de colaboración entre los institutos de antropología e historia de ambos países. El Seminario se reunió una vez más en Guatemala, en la ciudad de La Antigua, y otra vez en México, en Mérida, Yucatán. Sin embargo, los problemas de financiamiento, sobre todo de la parte guatemalteca, diluyeron este esfuerzo que, al final del sexenio de Miguel de la Madrid, quedó cancelado.

La revitalización del Instituto Chiapaneco de Cultura (ICHC), matriz del actual Consejo Estatal para la Cultura y las Artes (Coneculta), en 1990, abrió el canal de comunicación entre los intelectuales de Chiapas y de Centroamérica. Como se apuntó, la reunión de San Cristóbal puso los cimientos para reanudar la experiencia trunca del Seminario Permanente de Estudios México-Guatemala. Con el antecedente de esa experiencia, se planteó un esquema diferente al de un seminario especializado para ampliar el abanico a los creadores, no sólo de Guatemala, sino de todo Centroamérica. El siguiente proble-

ma que había que resolver era el del financiamiento. En efecto, se necesitaba un esquema que diese relativa seguridad a la continuidad de los encuentros. La única forma de garantizar lo anterior era adquirir el compromiso de celebrarlos en Chiapas, bajo los auspicios del gobierno local y rotando las sedes.

Dada la importancia de los vínculos internacionales que existen entre México y Centroamérica, el ICHC elaboró un planteamiento de colaboración para la celebración de los encuentros, que presentó a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), la que a su vez admitió la importancia de la propuesta. En ese esquema el gobierno de Chiapas se comprometía a financiar el hospedaje, el transporte interno y la alimentación, los gastos de papelería y otros, además de las publicaciones de las ponencias leídas en los encuentros. La SRE, por su parte, convocó a las embajadas de México en los países centroamericanos para que, a través de sus agregados culturales, coordinaran la integración de los grupos de intelectuales que viajarían a Chiapas. Asimismo, de común acuerdo entre el gobierno de Chiapas y la SRE, se decidió invitar a 10 intelectuales por cada país centroamericano, cuyos pasajes sufragó en su totalidad la propia Secretaría. Aunado a lo anterior, en discusión con colegas de Costa Rica, Guatemala, Nicaragua, Honduras y El Salvador, se llegó a la decisión de invitar a delegaciones de Belice y de Panamá. La integración de la delegación chiapaneca en particular, y mexicana, en general, se dejó al criterio de los organizadores. El director del ICHC —quien suscribe este artículo— desplegó una intensa ofensiva diplomática en Centroamérica, auxiliado con eficacia por las embajadas del país, que dio como resultado una amplia aceptación del planteamiento para llevar a cabo los encuentros de intelectuales. Hubo que visitar universidades, centros culturales, centros de investigación o instituciones académicas en general, en cada país centroamericano, con el objeto de entablar una relación personal que vinculara a los

intelectuales de Chiapas con los creadores centroamericanos. En varias oportunidades, en especial en El Salvador y en Costa Rica, se dictaron conferencias que aludían a los vínculos históricos y culturales entre México y Centroamérica. Fue una labor que exigió una gran intensidad, pero que alcanzó los resultados esperados.

El Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica se llevó a cabo en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez del 8 al 12 de abril de 1991. Tuvo como sede el Teatro de la Ciudad. La convocatoria reunió a arqueólogos, antropólogos, cineastas, artistas, escritores, historiadores, sociólogos, y configuró una singular congregación que a lo largo de tres días debatió intensamente acerca de una variada temática. Las mesas de trabajo fueron rodeadas por exposiciones de pintura, fotografía y venta de libros. En todo momento, la fraternidad, y aun la euforia por descubrir un vasto mundo cultural, fue sostenida e intensa. Aunque la lengua en la que se habló durante el encuentro fue el castellano, estuvieron presentes los idiomas del tronco maya, además de expresiones artísticas de alta calidad. Más allá de la participación programada, los asistentes al Encuentro ofrecieron entrevistas de radio y televisión a la prensa nacional y local. El agradecimiento a México fue expresado de manera enfática. La intelectualidad centroamericana reconocía no sólo la importancia del diálogo con sus pares de México, sino el hecho de que el país se hubiera transformado en plataforma para propiciar el propio diálogo centroamericano. Reconocer esto último es sin duda de vital importancia. Habíamos logrado ofrecer una plataforma de expresión cultural que reunía al sur del país con los intelectuales de países con los que tenemos infinidad de lazos y, más allá, se abrió la posibilidad de una conversación múltiple que hacía mucho tiempo que esperaba su oportunidad. Los mismos intelectuales centroamericanos —incluso con varios de sus países en conflicto— acogieron a México como la

nación que les brindaba condiciones para desarrollar sus capacidades.

La literatura nuevamente fue parte de las discusiones en el Encuentro de Tuxtla, así como el desarrollo del teatro y la danza, sin descuidarse los temas históricos y sociológicos. Un aspecto importante fue el diálogo que se entabló entre el gobernador del estado y los intelectuales asistentes. Esa conversación amplió los horizontes de la relación política con los pueblos de Centroamérica y señaló la importancia de alentar la articulación de la región y situar al conocimiento, a la ciencia y a la tecnología, como factores de primer orden en la solución de los problemas que aquejan a nuestras sociedades. También, se subrayó la importancia de que América Latina se reconozca en sus bases comunes y se fortalezca ante el avance del mundo global. México se situaba como el centro de un amplio movimiento cultural, sostenido por sociedades y culturas que comparten raíces ancestrales y cuyas diferencias enriquecen las posibilidades del entendimiento mutuo.

El Segundo Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica se llevó a cabo del 3 al 7 de mayo de 1992 en San Cristóbal de las Casas. Tuvo como sede la Casa de la Cultura y el Centro de Convenciones de la ciudad. La asistencia fue masiva. La reunión acaeció en un año que marcó el quinto centenario del inicio de los regímenes coloniales en América, que trajeron consigo una secuela de alteraciones y transformaciones profundas que sufrieron los pueblos y las culturas originales del llamado Nuevo Mundo. Estos procesos históricos, junto con los cambios y aspectos de nuestra vida contemporánea, que encuentran sus orígenes en los días coloniales, fueron objeto de intensos debates. Con la presencia de la intelectualidad india de Chiapas y de Centroamérica, la conversación fue, además de plural, multidisciplinaria. Una innovación de este segundo encuentro fue la conferencia magistral dictada por Roberto

Cardenal, vicerrector de la Universidad Simeón Cañas de la República de El Salvador, acerca de la obra de fray Bartolomé de las Casas.

El Encuentro inició con un homenaje a tres figuras esenciales: Joaquín Gutiérrez, de Costa Rica; Ramón Rubín, de México, y Luis Cardoza y Aragón, de Guatemala.² Las fallas de las líneas aéreas causaron que Rubín no pudiera llegar a su homenaje ni al Encuentro. Joaquín Gutiérrez estuvo visiblemente emocionado por el amplio reconocimiento hacia su obra, pilar de la cultura literaria de Centroamérica y el sur de México. En el caso de Luis Cardoza y Aragón, el homenaje fue post mórtem. Después de este acto, el Encuentro se transformó en un despliegue de palabras y de conocimientos. De nuevo, debatían creadores, científicos sociales y artistas en general, una amplia gama de temas que, en el debate mismo, integraban al mundo cultural del sur de México y de Centroamérica: literatura, teatro, música, danza, artes plásticas, patrimonio cultural, las relaciones entre Europa y América, la cultura popular, los movimientos sociales, la mentalidad en la historia, las relaciones entre economía y sociedad, fueron los marcos de las discusiones.

Entre todos se destacaba un tema: la pluralidad de identidades de la región, que afirmaba la importancia de la variedad de la cultura. Según se señaló en este encuentro, el próximo siglo será el de la afirmación de la diferencia, la manifestación plena de las lenguas y las culturas, al igual que la consolidación del respeto a la diversidad humana. Es precisamente lo que acontece en nuestros días. Como se puede observar al consultar las memorias de esos eventos, los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica vislumbraron los procesos que hoy están en curso.

² Joaquín Gutiérrez Mangel, escritor (1918-2000); Ramón Rubín, escritor (1912-2000), y Luis Cardoza y Aragón, escritor (1901-1992).

El esfuerzo por recuperar la historia, por afirmar la cultura, es parte de los procesos de consolidación de nuestras naciones. En los encuentros de intelectuales se manifestaban las convergencias entre pueblos que no deben vivir de espaldas entre sí; que, por el contrario, deben dialogar constantemente. Incluso se vislumbró la posibilidad de establecer la educación intercultural, que en la actualidad ya avanza en América Latina, y México no es la excepción.

El esquema de colaboración entre el gobierno de Chiapas y la Secretaría de Relaciones Exteriores funcionó de manera impecable. El papel jugado por las embajadas de México en los países centroamericanos fue definitivo para la buena marcha del Encuentro. Las visitas a las comunidades de Chamula y de Zinacantán introdujeron el orbe indio de Chiapas en el corazón del Encuentro. La entrada de los intelectuales a la iglesia de Chamula es indescriptible: la emoción y la sorpresa ante un mundo que se reafirma se hicieron evidentes. Por su parte, la visita a Zinacantán proveyó a todos de una visión sobre la variedad cultural de Chiapas y la capacidad de los pueblos indios para crear universos específicos en distancias muy cortas. Joaquín Gutiérrez llamó a San Juan Chamula “tacita de plata”. El recorrido por las calles de San Cristóbal no fue menos emotivo. El sabor centroamericano de la ciudad chiapaneca fue apreciado por todos. Esos momentos propiciaron la conversación sobre detalles de la vida de nuestros países que, quizá, no habrían surgido en otros marcos. Se dio la oportunidad de discutir con detalle los problemas que afrontamos en áreas que atañen a la protección del patrimonio cultural, no sólo de monumentos públicos, arquitectura religiosa, ciudades arqueológicas, sino de la situación de los archivos, guardianes de la memoria colectiva, que suelen estar en un grave descuido. La generosidad de México fue ampliamente reconocida como país anfitrión y fuente de inspiración para el tratamiento de temas como los aludidos.

El Tercer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Centroamérica se celebró en la ciudad de Tapachula, a mediados del año de 1993. Tuvo como escenarios el Palacio Municipal y la Casa de la Cultura de esta ciudad, centro rector del Soconusco chiapaneco. De nuevo, la asistencia fue masiva. Las voces intelectuales se reunían para continuar el diálogo y las conversaciones. Destacó el homenaje a la escritora beliceña Zee Edgell, quien recibió entre incrédula y emocionada el reconocimiento a su espléndida obra literaria. El caminar por las faldas del volcán Tacaná y visitar los cafetales, el ejido de Santo Domingo y el pueblo de Unión Juárez fue, nuevamente, una experiencia colectiva de múltiples lecciones acerca de lo mucho que une a México con Centroamérica.

En este encuentro se llegó al acuerdo de ampliar estos eventos al resto de México y Centroamérica. Los intelectuales de Jalisco y de otras latitudes, como Baja California y Chihuahua, plantearon que la experiencia era ya tan importante, que reclamaba su inclusión en ella. Se pensó entonces que el siguiente encuentro bien podría celebrarse en Jalisco, bajo la luna de Chapala y la magnificencia de la ciudad de Guadalajara. Allí quedó todo. No ha sido posible continuar con los encuentros. El desarrollo de los sucesos del año de 1994, es decir, la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas y la secuela de hechos posteriores interrumpieron estos diálogos.

Reflexiones

Varias reflexiones se suscitan alrededor de los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica. En primer lugar, el descubrimiento del potencial para crear una integración cultural que sería la base para que otras integraciones regionales tuvieran éxito. Los encuentros demostraron que tanto en el sur de

México como en Centroamérica existe una “masa crítica” capaz de sostener uno de los mundos culturales más importantes del continente si existieran las condiciones de apoyo necesarias. Ello incluye los enlaces entre universidades e instituciones académicas y culturales en general, con lo que implica: desarrollo de proyectos de investigación en temas de común interés, programas editoriales de alta envergadura, así como intercambios de académicos, escritores y artistas. Esto contribuiría a acercar la investigación científica y la educación superior a los problemas reales que afrontan nuestros países y a intervenir en el diseño de soluciones. Además, desataría un potencial creativo y científico al establecer mecanismos de cooperación internacional que podrían resultar en sistemas articulados de investigación y educación superior.

El camino es largo y con obstáculos serios que tramontar. La situación de nuestros países difiere ampliamente de uno a otro. Visto de país a país, el propio lugar de las comunidades científicas e intelectuales no es homogéneo. Los largos años de conflictos armados en Centroamérica han dejado problemas de difícil solución, además de provocar la salida de los intelectuales de sus respectivas naciones. México, en varios sentidos y sin proponérselo, se vio beneficiado con la llegada de la inteligencia centroamericana, que ha contribuido a enriquecer la vida cultural nacional. En contraste, esos exilios empobrecieron a los países de Centroamérica, despojándolos de sus cuadros intelectuales, con secuelas difíciles de revertir y hasta trágicas. Precisamente los encuentros de intelectuales ofrecieron una oportunidad de reorganización y de autorreflexión a los intelectuales de Centroamérica. Con ello, México se situó en el liderazgo de un importante movimiento tendiente a la recuperación de la intelectualidad centroamericana.

La difícil integración política y económica buscada sin atender a la cultura y a la ciencia ha fracasado y así continuará

si se ignoran estos dos factores. Los encuentros de intelectuales avanzaban por un camino de articulación de capacidades y visiones, original y sustentable. Si se compara con los resultados, la inversión era mínima. La publicación de las *Memorias* de los encuentros ha dejado un testimonio de la importancia de los mismos para difundir el saber latinoamericano.³ Más aún, la repercusión de los encuentros al interior de cada país centroamericano llevó a los intelectuales a establecer nuevas bases creativas y de diálogo, con la meta de llegar a la mesa de conversación con propuestas originales, nuevas, renovadas. *Estas experiencias indican el potencial de México para asumir un papel de liderazgo en América Latina en un ámbito de destacada importancia como el académico y cultural.*

A diferencia de la fallida experiencia del Seminario Permanente de Estudios México-Centroamérica, los encuentros de intelectuales tuvieron éxito porque aseguraron un esquema de financiamiento y colaboración entre la Federación y el gobierno de Chiapas en el área de las relaciones internacionales. No obstante, este tipo de colaboración entre Federación y estados sigue siendo poco frecuente en el país, con todo y el interesante potencial que tiene, en particular de cara a las relaciones con Centroamérica y el Caribe. Más aún, la presencia cultural de México por medio de las embajadas y los centros culturales, como el de San José de Costa Rica o los de Guatemala, es un factor que asegura la continuidad de un diálogo y de la presencia de México en países con los que guarda lazos entrañables de historia y cultura. A ello debe agregarse la actividad desplegada por el Instituto Chiapaneco de Cultura en Centroamérica, en estrecha coordinación con las embajadas del país.

³ *Memorias. Instituto Chiapaneco de Cultura 1989-1994*, Tuxtla Gutiérrez, ICHC/DIF-Chiapas/Gobierno del Estado de Chiapas, 1994, 196 pp.

Los resultados de estos encuentros apuntaban hacia la articulación de un bloque de cultura y de ciencia como existen pocos en el mundo. La conversación cultural demostró ser un camino no sólo viable sino efectivo para lograr un entendimiento que va más allá de las coyunturas políticas o las preferencias ideológicas. Las repercusiones de las discusiones y las publicaciones de los resultados de estos encuentros empezaban a cobrar importancia en los ámbitos universitarios y en los de la cultura en general, tanto en Chiapas como en los países de Centroamérica.

A México le aportaron una visión de latinoamericanidad y ejercicio de liderazgo que ayudó a equilibrar las exageradas expectativas fincadas en el norte. Más aún, los encuentros demostraron que, con los mínimos apoyos públicos, se podía lograr resultados profundos para el mundo de la cultura y de la ciencia. El hecho de que académicos o intelectuales del país reclamaran que los encuentros debían ampliarse a todo el territorio nacional demuestra la profunda huella que imprimían. El logro diplomático no es menor: *el reconocimiento de México como un centro articulador de la inteligencia de América Latina*. Las repercusiones de ello para otras áreas como la económica o la política son evidentes. Es decir, el diálogo intelectual tendió puentes de entendimiento que facilitaban la articulación en otros campos y otorgaban a las embajadas una presencia de equilibrio que contribuyó a impulsar procesos propios en los países de América Central.

La reciente celebración del simposio El Sur desde el Sur, celebrado en Villahermosa, bajo los auspicios del Gobierno del Estado de Tabasco, de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y de la Universidad Intercultural de Chiapas, volvió a mostrar el potencial creativo del que hemos estado hablando. Los días 27, 28, 29 y 30 de mayo de 2008 fueron escenarios de intensas discusiones acerca de los problemas que afronta el

país, vistos desde el sur de México y desde Centroamérica. La presencia de académicos centroamericanos, no en la proporción que tuvieron en los encuentros de intelectuales, pero significativa por su calidad, demostró que existen problemas comunes y visiones enlazadas de los mismos. La continuidad de este simposio se vuelve frágil por no existir un esquema de financiamiento que la garantice; con todo, los esfuerzos continúan. La celebración del Séptimo Congreso Centroamericano de Antropología en la ciudad de San Cristóbal de las Casas, los días 16 al 19 de febrero de 2009, confirman la existencia no sólo de una voluntad allende las fronteras que une al sector científico y cultural de México y Centroamérica, sino de un proceso que, con sus altas y sus bajas, va caminando. A México le conviene, por diversas consideraciones, apoyar ese proceso y ofrecer a pueblos hermanos una plataforma eficaz para el desarrollo de la cultura y de la ciencia. El simposio de Villahermosa fue tan concurrido que demuestra la capacidad de convocatoria que ofrecen la cultura y la ciencia y los resultados positivos de esos diálogos, no sólo para los ámbitos intelectuales, sino para el país en general. Lo mismo puede afirmarse del Séptimo Encuentro de Antropología de Centroamérica, que logró reunir 350 ponencias y mantener a la ciudad de San Cristóbal atenta al desarrollo de las mismas. Si ese potencial se ha desplegado en una sola disciplina, habría que pensar en lo que podrían significar los encuentros de intelectuales bajo un esquema multidisciplinario.

La renovación de encuentros como los descritos es posible y aun necesaria para asegurar una vinculación sólida con los países de Centroamérica y, a través de ello, con América Latina, o con Nuestra América, como quería José Martí. El sur de México posee las características para llevar a cabo esa suerte de política científica y cultural internacional que contribuye, como está ampliamente probado, a la unión de los pueblos, a la paz y a la consolidación de búsquedas comunes de bienestar

y desarrollo. El diálogo cultural y científico siembra raíces de profunda empatía entre los pueblos. Lo demostraron ampliamente los encuentros de intelectuales Chiapas-Centroamérica. Su renovación es factible; hacerlo sólo es cuestión de voluntad e interés. Las bases están allí. Los encuentros de intelectuales México-Centroamérica deberían continuarse; las sedes podrían rotarse entre las universidades, centros de investigación o instituciones culturales públicas de los estados del sur de México.